



Sin palabras

FRANCISCA BERNARDI

Actriz y autora del II Festival de Autores Jóvenes
Escuela Teatro U.C.

Retratar en un pequeño artículo mis sensaciones de la desorbitante experiencia de ver mi primera obra dramática montada me parece casi imposible, ya que todo lo que pueda decir de dicha creación, si es que se la puede llamar así, lo desconozco.

Nunca, durante todos los años de estudios que precedieron a este nacimiento dramatúrgico, me imaginé que sería capaz de darle vida a mis palabras en el papel. Me parecía una tarea demasiado vertiginosa, para la cual no estaba preparada, o al menos así lo creía.

La presión de tener que hacerlo me llevó, después de mucha aflicción, a descubrir la libertad total frente al computador. La velocidad con que apretaba las teclas se iba intensificando cada vez más, la falta de conciencia en el momento de crear los personajes y las situaciones me facilitaron el proceso de sacar a luz todas mis ideas, de lo que significaban las relaciones básicas en el diario vivir.

El material nació de mis manos, no de mi cabeza. Aprendí a eliminar al vigilante que tenemos durante la escritura, las percepciones fluyeron.

La particularidad, para mí, de este texto, es que mi búsqueda partió desde la forma para luego acercarse al fondo. Al comenzar a escribir, yo no pretendía contar mi opinión de la vida a través de los textos, sino que simplemente retratar una situación cotidiana y sacarla de contexto. Fue así como partí copiando textualmente un aviso del diario en que hombres y mujeres ofrecían sus servicios sexuales. La manera en que expresaban sus capacidades me pareció extremadamente poética, invitaban al cliente a conocer el bien

y el mal, la pureza y la maldad, todo en una noche, en una experiencia inolvidable. ¿Quiénes eran estos tipos que manejaban tan bien el arte del amor? Sin duda, personas que buscaban una forma más de ganarse la vida, como tú o como yo.

Luego, tomé una escena que había escrito hace una cantidad considerable de tiempo y convertí a sus protagonistas en el masajista erótico del periódico y, a la mujer, en su cliente.

La base de la historia estaba lista, el relleno vino solo. Nació de la mezcla de personalidades que conforman la mía, todos los personajes fueron yo en algún momento determinado. No podría explicar más de lo que ustedes mismos pueden ver en el texto, no podría hacer un análisis de mis propias palabras.

Lo que con el tiempo puedo rescatar son los temas que innatamente salieron de quién sabe dónde. Obviamente, temas universales, como la soledad, el abandono, el desamor, el renacer, el volver a morir o el destino como fuerza inevitable, entre otros.

La forma de presentar estos motivos esenciales fue a modo de imposibilitadores de la felicidad, de la tranquilidad emocional, como por ejemplo: el alcoholismo, la orfandad, el trabajo exagerado, la pobreza, etc.

Conceptos que están, sin duda, dando vueltas en nuestras cabezas desde tiempos inmemoriales. Un borracho está en cualquier parte y, más aun, puede ser cualquiera de nosotros; una persona pobre no es ninguna novedad para nadie, al contrario; la orfandad es una de las tantas posibilidades en que se puede



Mario Soto y Macarena Baeza en *Llámame, no te arrepentirás*, de Francisca Bernardi. II Festival de Autores Jóvenes, Escuela de Teatro U.C., 1998. Dirección: Claudia Echenique.

desarrollar la niñez; el trabajo que no produce el dinero suficiente es un mal que afecta a gran parte de la ciudad, y para qué hablar de la prostitución.

Sin duda, temas formales que han estado siempre y que, quizás, no se acabarán nunca.

Al releer el texto **Llámame, no...**, me doy cuenta que son, de modo demasiado evidente, los primeros pasos dentro de la escritura teatral. El realismo con que se expresan sus personajes, la dirección absolutamente consciente que toman las escenas en pos de contar la historia, el orden lineal con que se presentan los hechos, la poca libertad para transgredir el tiempo y el espacio cotidiano, me hacen pensar en una escritura bastante limitada. Creo que es el momento de probar nuevas formas de expresión, de hacer una integración total de todos los medios comunicativos con que nos enfrentamos diariamente. No creo en la estructura tradicional como única forma de concebir la dramaturgia, es necesario correr con los tiempos, mezclarse, revolverse con lo que nos rodea.

Mi experiencia me lleva a pensar que el trabajo

de escribir se termina en el escenario, que el director es el que hace la segunda tarea, el que finiquita la obra. La investigación práctica es fundamental para que todos los que trabajan en el montaje comprendan el texto.

En el teatro, la poesía, la narrativa, los cuentos, etc. no sirven. Lo que sirve es la dramaturgia. Y eso sólo se aprende en la práctica, no existe manual alguno que te diga cómo hacerlo. Es uno el que tiene que buscar la forma de sentirse cómodo con el trabajo, de saber lo que quiere. Los miles de escritos teatrales que podamos leer sólo son un referente de cómo otros adoptaron una forma de realizar su objetivo, y nuestra misión no es reproducirlas, sino entenderlas, interpretarlas y tomarlas como punto de partida para una nueva escalada, que responda a nuestras necesidades.

En resumen, puedo decir que lo que el espectador presencia de mi obra no es más que un resumen de mi percepción de mundo. Es la síntesis total de yo y mis circunstancias, es un acto de total exhibicionismo.